

Concurso Anual Literario 2022

Categoría B

Segundo Premio: Julio Aldo Toledo

El kiosquito de las cuestiones inesperadas.

Cavilando sobre algunas cuestiones a las que no les encuentro sentido, voy caminando, evitando baldosas rotas y charcos de barro, rumbo al kiosco del viejo de la esquina. Necesito puchos. No me quedan más. Paró de llover y el frío aprieta, por lo que las ganas de sentir algo cálido por dentro me obligan a salir caminando apresuradamente. Miro el piso y veo una lámina de humedad que al final de la calle refleja pálidamente las lamparitas del kiosco. Es un estallido de colores y boludeces para llevar, el lugar que no falla para ir cuando ya está todo cerrado. Golpeando la ventana, el viejo siempre te abre.

Esta vez no es muy tarde, pero no hay nadie en la calle. La ventana está cerrada, mas se ve luz adentro. Me paro bajo el toldito publicitado de la entrada y golpeo. Espero. Miro la esquina. Veo un perro que pasa al trote y sin destino. Miro adentro de nuevo, aguzando la vista. Hay luz, el viejo debe estar en el baño, pienso por la demora.

Vuelvo a golpear. Se escuchan pasos, debe ser el viejo que viene a atender.

Repentinamente se abre la ventanita, y no es el viejo. Alguien que no conozco me mira por la ventanita. Saca un paquete de cigarrillos del mostrador y me los alcanza. Todavía no le había dicho qué venía a comprar. Mucho menos qué marca de cigarrillos, y directamente me los pone delante de la cara; un poco sorprendido intento sujetar los puchos y veo que con una sonrisa me dice: “Hola, Julio ¿cómo estás? Tenés diez segundos para hacer la pregunta más importante de tu vida. Yo te la voy a responder.”

“¡Pensá rápido la pregunta de tu vida. Diez segundos!”.

Primer segundo: ¡¿Hola Julio?! ¿Quién es este gordo? No es el viejo de siempre, es otra persona. Parece inmigrante. No lo conozco, no esperaba lo que me dijo y mi cerebro plástico reorganiza las palabras nuevamente, tratando de entender qué sucede, repasando auditivamente cada sonido, para volver a interpretar si lo que dijo es lo que entendí o si el viejo, que no sé de dónde sacó tanta confianza, mandó a alguien a que me hiciera una broma.

¿Tengo diez segundos para qué? No, imposible, no entiendo nada.

Segundo 2: me agita los cigarrillos para que los tome, mientras su sonrisa no se borra de su cara. ¿Quién es este gordo? No sé si reírme o qué. No entiendo todavía qué sucede. Levanto las cejas, pongo más atención. Los cigarrillos. El kiosco. ¿Es el lugar donde vengo siempre? ¿Y el viejo? Una nube de preguntas me atormenta, me encuentro tan perdido que mantengo la compostura para simular auto control y normalidad. Pero no logro salir de mi sorpresa.

Segundo 3: ¡Oye, toma los cigarros! me dice, y ya no se ríe, me clava la mirada, buscando hacer contacto visual. Se debe estar matando de risa el viejo adentro, pienso. Atrás de las cajas de cerveza debe estar. Agarro los cigarrillos bruscamente. Miro y son los que llevo siempre. Benson. En su caja. Los que me gustan desde que El kiosquito de las cuestiones inesperadas tenía seis años y mi abuelo fumaba por las noches, mirando tv en blanco y negro. ¡Alguien se lo tuvo que decir! Pero si yo no fui...

Segundo 4: ¡Ya sé, ahora entiendo! El viejo me vio salir de casa y, aburrido, ¡me hace esta joda! Mejor me reconfiguro, voy a salir del paso riéndome, para no quedar tan expuesto por una broma berreta. Levanto la vista para sobreponerme y quiero entonar la voz como para decir algo alusivo, pero...

Segundo 5: el gordo me vuelve a apurar y me dice, seco, contundente y directo: te quedan cinco segundos; si seguís hueveando no vas a poder preguntar nada. Me desarma y ya no sé si reír, si tirarle los puchos en la cara o qué carajos. Respiro un soplo de aire urgente para aliviar la presión sobre mi cerebro, quiero ganar tiempo, pero el gordo me marca la secuencia. No le veo la gracia a esto. Dejó de ser divertido hace como tres segundos. Dudo. ¿Hace 3 segundos o más que estoy comprometido en este lugar?

Segundo 6: No recuerdo si volvió la llovizna fina a caer sobre la cuadra o fue mi sudor que de repente se hizo frío sobre mi rostro. ¡Dale, no seas hueón! me advirtió el gordo y pensé ¿qué puedo preguntar? ¿Por qué una noche cualquiera como ésta vengo al kiosco a comprar puchos y todo se vuelve raro y anormal? ¡Yo esperaba ver al viejo, como siempre! Algo hice mal al salir de casa. Tal vez me perdí por las sombras de la cuadra y distraído caminé hacia otro lugar. Estas callecitas suburbanas son todas iguales. Baldío, casa en construcción, baldío, casa recién habitada. Vivo en un barrio nuevo, el cual hace dos años estaba con calles de tierra; ahora está asfaltado y las cuadras se fueron llenando de casitas simples y sin árboles. Los árboles aparecen con el tiempo. Casi el mismo tiempo que me parece estar aquí, ya evaluando si le hago una maldita pregunta o me rajo como sea.

Segundo 7: La duda de que tal vez no se me ocurra ninguna pregunta le sigue a la duda de que tal vez no se me ocurra ninguna pregunta inteligente para preguntar. No hay tiempo para elaborar nada sofisticado, nada parecido a una pregunta del tipo ¿por qué hay más bien ser y no la nada? ¿Se puede pretender producir una pregunta existencial, apurado por un desconocido, parado en la ventana de un kiosquito enrejado e iluminado con leds de Navidad? No sé, no creo. No imagino a Nietzsche parado a mi lado, esperando para comprar dos cervezas y llevarlas a su casa. Tampoco a Foucault comprando forros para irse de joda a un boliche bailantero, en un Clío tuneado, con dos pibes que trabajan en la policía y esta noche tienen franco.

Segundo 8: Ya está, estoy jugado, esta deformidad no me va a dejar tildado. No sé de dónde salió este gordo, pero me la hizo. Seguro estoy parado en un vórtice suburbano, que conecta la cuadra de mi casa con las pléyades y estoy aquí y estoy allí, por una paradoja espacio temporal y este gordo es un Pleyadiano que me invita a abrir mi conciencia y pasar a un plano superior. Leí algo de eso en internet y pienso que todo es

para bien. ¡Sí, esto que sucede debe ser una señal! Me puedo elevar de un plano, digamos más bien barrial, a otro, digamos por qué no, más universal. El viejo no está porque seguro partió rumbo a las estrellas y este gordo es el que te corta el boleto para ir a lo trascendente.

Segundo 9: este kiosquito resultó ser un portal inter dimensional. Las cervezas, los chicles, los puchos, las tarjetas Sube, toda esa parafernalia del consumismo de los pobres no es una pantalla, es el camino al paraíso, al goce, a la elevación del ser, que se abre si pregunto la pregunta de las preguntas. Ya sé. ¡Ya sé! Quiero saber, grito. ¡Quiero saber!

Segundo 10: ¿hay vida después de la muerte? pregunto casi en éxtasis mesiánico.

El gordo me mira. Respira profundo.

Se lleva la mano a la cabeza, mira a un costado, se toma un segundo más y dice: Lo vas a averiguar cuando fumes el último pucho de esa caja que te vendí.

Me da el vuelto y me levanta el pulgar derecho.

Da dos pasos para atrás. Cierra la ventanita y se va. Se escucha clarito que se va.

Miro al costado, la calle mojada, la esquina, las casas. Un perro, muy a lo lejos, comienza a ladrar. Se apaga la luz del kiosco. Me doy vuelta y empiezo a caminar. No pienso, solo pongo un pie delante de otro y avanzo. No pienso, solo siento hacer lo que quería hacer al ir al kiosco del viejo. ¡Fumar! Siento unas intensas ganas de fumar.

Golpeo dos veces el paquete, para concentrar el tabaco en los cigarrillos e intensificar su sabor. Tiro de la tirita roja y abro el celofán; luego la cajita de cartón, tiro el papel dorado y agarro un cigarro. Todo de una forma que ritualice la acción.

Lo llevo a la boca, enciendo y aspiro una larga y caliente bocanada de humo que siento reconfortante como nunca. ¡Al fin! Al fin.

Esa sensación se queda en mí un instante, largo como un suspiro de placer eterno. Miro el kiosco. Está todo oscuro y apagado. No importa, ya fue. Tengo mis cigarros.

Sigo fumando y leo la cajita: FUMAR MATA. De repente vuelvo a la realidad, recordando la respuesta dada por el gordo. En el cesto de basura del vecino dejé el paquete intacto. No tenía ganas de saber qué me esperaba al terminar el último pucho de ese paquete.

Miré el cielo. Algunas estrellas asomaban por entre las nubes. El viento estaba limpiando el cielo violeta de conurbano. Di dos pitadas más y tiré el pucho. Me di vuelta y volví caminando tranquilamente a mi casa, como si todo lo de esta noche nunca hubiera sucedido.

Y dejé de fumar para siempre.

FIN.